







**SAGA**

**EFEECTO MARIPOSA**



# LAS MARIPOSAS TAMBIÉN DEJAN HUELLA

DUNA ALBA



PALABRAS  
DE AGUA  
EDITORIAL

TÍTULO: LAS MARIPOSAS TAMBIÉN DEJAN HUELLA  
©DUNA ALBA 2017

© ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA: ANDRÉS CÓRCOLES COLLADO  
EDITORIA: ANA COTO FERNÁNDEZ  
CORRECCIÓN Y MAQUETACIÓN: FORJADORES DE SUEÑOS

PRIMERA EDICIÓN: ENERO 2018

© EDITORIAL PALABRAS DE AGUA 2017  
PALABRASDEAGUAEDITORIAL@GMAIL.COM  
WWW.PALABRASDEAGUAEDITORIAL.COM

ISBN: 978-84-948061-2-4  
DEPÓSITO LEGAL: M-837-2018

IMPRESIÓN: REPROGRÁFICAS MALPE

*«Dedicado a aquellos que estén persiguiendo sus sueños.  
No ceséis. Se cumplen».*





*«Todos poseemos la capacidad de hacer el bien y el mal.  
Pero los que realmente gozan de poder son aquellos  
que son capaces de desdibujar la línea entre ambas cosas».*

Revenge.



# Prólogo

3 de julio de 2015.

—¡Nos va a matar! —dijo Alissa mirando su reloj de Dolce&Gabbana.

Samantha estaba con la mirada perdida en el firmamento, buscando sin éxito las estrellas que todavía no mostraban su brillo. De repente, la miró con el ceño fruncido, apretó fuerte contra el pecho su chaqueta amarilla y una sombra de miedo oscureció su mirada. No podía ser eso. Ella no tenía miedo a nada.

—Lo digo en serio —insistió—. Como no vayamos ya a vestirnos y estemos absolutamente perfectas y puntuales para recibir a los invitados de tu fiesta, la abuela nos va a matar y, después, a desheredar —añadió con ironía mientras volvía a balancearse en el columpio saboreando una piruleta.

Sin sonreír ni ser partícipe de la alegría de su prima, Samantha desvió la mirada al cielo intentando ordenar sus ideas. Por primera vez, sintió que no encontraba las palabras adecuadas para mostrar lo que sentía. Algo que la llevaba consumiendo mucho tiempo. Algo de lo que necesitaba liberarse cuanto antes. Sam volvió a mirar la pantalla de su teléfono móvil para revisar sus mensajes. No había nada nuevo, aunque se detuvo a releer los últimos recibidos y respiró hondo, planeando su próximo movimiento.

La noche estaba comenzando a asomar y se sentían demasiado a gusto en el parque, todavía más teniendo en cuenta que la alternativa consistía en asistir a una fiesta con gente que no conocían y a la que tampoco tenían interés alguno en conocer. Pero no había elección y las dos lo sabían. Debían acudir a la dichosa celebración

y mostrar su mejor sonrisa, aunque esta solo fuera una máscara confeccionada con el maquillaje más caro del país.

—¿Eres feliz, Lis? —disparó Samantha sin preámbulos.

—¿A qué viene eso? —preguntó con una sonrisa intentando evitar su mirada. ¿Felicidad completa? Ella no creía en eso desde hacía mucho tiempo.

—¿Lo eres? —insistió mirándola fijamente.

Alissa se llevó la mano al cuello en busca de su colgante. Era un acto reflejo; siempre que pensaba en la felicidad se aferraba a ese pequeño objeto. Su prima esperaba ansiosa una respuesta.

—Vamos, Lis. No te estoy preguntando por tu complemento preferido —dijo, quitándole importancia al colgante—. Es una pregunta sencilla, ¿eres feliz o no?

—Sí —respondió apresurada—, supongo que sí. Comienza el verano, tengo un novio estupendo, aunque ahora está un poco lejos, y una prima... diría que encantadora o adorable, pero esos adjetivos no te pegan. —Volvió a sonreír y Samantha puso los ojos en blanco sin entender o, más bien, sin querer entender la broma—. Es broma, ya sabes que eres mi prima favori...

—No hablo de eso, Lis —la interrumpió—. Y ser tu prima favorita, cuando la competencia es ese bicho, no tiene ningún mérito, créeme. —Detuvo su columpio y la miró con un gesto serio—. Me refiero a este mundo, a esta vida. ¿De verdad es lo que quieres?

Alissa no supo qué responder. Nunca se había parado a meditarlo. Sencillamente actuaba como se suponía que debía hacer y ya está.

—Desde luego podemos despedirnos de esto si no levantas tu culo de ese columpio y te pones ese maravilloso vestido por el que estuviste discutiendo más de dos meses con la abuela. Todavía no sé cómo conseguiste salirte con la tuya. Siempre lo haces.

Una sonrisa se dibujó en la cara de la joven morena y el valor volvió a inundarla tras escuchar las palabras de su prima. Se puso su

chaqueta amarilla despacio, afianzando su confianza, y abrochó cada botón tomándose su tiempo mientras una idea no dejaba de corretear por su cabeza.

—Tienes razón, Lis —afirmó—. Siempre lo hago.



El salón estaba abarrotado de invitados. Alissa no conocía ni a la mitad de las caras que se encontraban allí en ese mismo instante, por lo que vagó sin rumbo en busca de algún conocido, pues desde que salió de la *suite* acompañada de Samantha no la había vuelto a ver: ¿dónde se habría metido? Era su cumpleaños y como su abuela no la viera por allí... No quería imaginar lo que podría pasar. Hacía unos meses que no hacían otra cosa que discutir. Ella siempre había creído que su prima y su abuela eran tan parecidas que Sam sería la elegida. Pero las cosas entre ellas habían sufrido un cambio drástico, ahora parecían evitarse a cada segundo.

De pronto, el iPhone de Alissa la avisó de un nuevo wasap. Se retiró un poco del centro del salón para revisar su teléfono.

«Sam: No pienses que he desaparecido. Te estoy preparando una sorpresa. No preguntes, en breve la verás. Bss».

Sus ojos se iluminaron y una sonrisa se le dibujó en la cara. Solo alguien como su prima era capaz de desaparecer de su propio cumpleaños para preparar una sorpresa a otra persona. Mientras intentaba averiguar qué sería lo que Sam planeaba, alguien le dio unos golpecitos en el hombro para llamar su atención.

—¡Oh, Dios mío! Sabía que eras tú. ¡Estás preciosa! —Su tía Diana la abrazó en uno de los gestos más cálidos que había visto esa noche—. El vestido es perfecto, ese tono azul turquesa

realza el color de tus ojos, y la falda de vuelo... mmmm. —Se relamió los labios—. Exquisito. Me hubiese encantado que mi Angélica hubiera tenido tu gusto, no te imaginas lo que me ha costado evitar que se pusiera otro de sus vestidos negros. —Alissa ya había desconectado de la conversación. Siempre era la misma canción «Angélica solo viste de negro», «Angélica me va a matar de un disgusto», «Angélica no parece de esta familia». Sí, era cierto que su prima había cambiado desde hacía unos meses, pero... ¿Qué iba a hacer ella? Ni siquiera se llevaban bien—. No es que no me guste el negro, porque admito que es el más elegante, pero de vez en cuando hay que añadir algo de color a la vida, ¿no crees, cariño?

—¿Eh? —Se sorprendió—. Sí. Claro. ¿Me disculpas? Acabo de ver a Miguel y me gustaría felicitarlo.

Sin esperar una contestación de su tía, Alissa abandonó la conversación y se acercó a su primo.

—¡Felicidades, primito! —dijo con su mejor sonrisa, entregándole un regalo—. ¿Ocurre algo? —preguntó preocupada, pues se había dado cuenta de que parecía irritado.

—Hola, primita. No, no ocurre nada, si obviamos que en esta familia ser un hombre no cuenta. Mira el escenario —ambos se giraron—. Una gran fotografía de mi hermana. Mi dulce hermanita celebra su cumpleaños por todo lo alto. Cada uno de los invitados la felicita con su mejor sonrisa, la halagan y la aclaman. En cambio, yo, su hermano mellizo, quien también cumple años el mismo día, no se merece nada. ¿Por qué? Porque no tengo tetas. —Tomó un trago de su copa con indignación.

Una carcajada se escapó de la boca de Alissa y, por suerte, él se contagió de ella.

Miguel desenvolvió el paquete y descubrió un precioso Rolex último modelo. Su mirada se serenó y la abrazó con cariño, agradeciéndole el detalle.

—Gracias, Lis. Y perdona esta escena, es solo que *tu* abuela ha llevado el feminismo a otro nivel. Si por ella fuera, no existirían los hombres. Necesita un novio que le...

—¡Para! —Lis le tapó la boca con las dos manos—. Te aseguro que no necesito saber cómo termina esa frase.

—Iba a decir que necesita un novio que le lleve el desayuno a la cama, le regale flores, la apoye en sus histerias... Ya sabes, para que valore a los hombres un poquito. ¿En qué estaba pensando tu pequeña mente calenturienta? —Ambos comenzaron a reír a carcajadas cuando el anuncio de un nuevo wasap los interrumpió.

«Zoe: Hola, mejor amiga. ¿Qué tal la fiesta?

No sé por qué tu abuela me prohibió asistir. ¡El vino se me derramó en su moño sin querer! Besos,  
y no la saludes de mi parte».

—¿Es Lucas? —preguntó Miguel.

—No, es Zoe. Sigue resentida con la abuela por no haberla dejado venir.

De repente, una joven pelirroja, que Alissa estaba segura de conocer, aunque no conseguía recordar de dónde, se aproximó corriendo a ellos.

—Por favor, ¿podéis acompañarme? Iván no se encuentra muy bien.

Miguel y Alissa siguieron a la pelirroja y recorrieron el salón hasta el otro extremo donde se encontraba su amigo borracho metiendo la cabeza en el ponche.

—¡Men-ti-ro-sa! El *tes* lo decía cla-ri-to. —Iván intentaba pronunciar cada sílaba despacio para hacerse entender—. Sí. Sí señor. Es una men-ti-ro-sa. ¡Lissssss! Mi dulce Lis. —Abrazó a su amiga con fuerza.

Alissa, a lo lejos, observó cómo su abuela se acomodaba en la mesa; en breve iba a comenzar su discurso de cada año y requería que cada asistente solo le prestase atención a ella, por lo que Iván

sobraba en el salón. La mirada de doña Cecilia advirtió a su nieta de que o lo sacaban sus amigos o ella misma se encargaría de echarlo de allí sin importarle quiénes fueran sus padres.

—Mike, ¿por qué no te llevas fuera a Iván para que tome el aire? —Con un gesto señaló a su abuela y él asintió.

Los chicos abandonaron el salón junto a la joven pelirroja.

Alissa y Angélica cruzaron una mirada y se dirigieron a la mesa para acompañar a su abuela. Samantha no aparecía y ese era el motivo principal del retraso. Doña Cecilia comenzó a desesperarse y entonces fue cuando el móvil de Lis sonó avisando de un nuevo mensaje.

«Sam: Lis, yo y tu sorpresa te esperamos en  
el *hall*. Bss».

Alissa lo leyó y se giró para poder contestar sin que nadie lo notase. Si le quedaba alguna duda, se acaba de disipar: Sam estaba completamente loca.

«Lis: ¿Cómo? El discurso de la abuela está a  
punto de comenzar. Ven tú aquí ¡ya!»

La respuesta llegó enseguida, pero, desde luego, no era la que Lis esperaba.

«Sam: No. Ven tú. Te aseguro que eso puede  
esperar. No me pienso mover de aquí».

Se acercó a su abuela y le dijo al oído que comenzara con el discurso. Prometió ir a buscar a Sam y se alejó de allí sintiendo la mirada punzante de Cecilia clavada en ella.

Antes de abandonar el salón escuchó el tintineo de la copa que solicitaba silencio y la atención de los invitados. Alissa se giró y observó que Angélica se crecía al lado de su abuela. Al ser la única de las tres nietas en la mesa, creía no tener rival y le gustaba esa sensación. Al fondo, Miguel y la pelirroja no parecían prestar demasiada atención más que a sus labios. ¿Cuándo habían regresado? ¿Dónde habían dejado a Iván? Diana recitaba el discurso de



memoria desde la otra esquina del salón; los padres de Sam comenzaban a impacientarse al no ver a su hija. Cuando los vio, Alissa volvió a la realidad y se dirigió corriendo al *hall* del palacete.

Al llegar se encontró con una iluminación muy suave y ni un alma por allí.

—¿Sam? ¿Samantha? —preguntó sin obtener respuesta—. Vamos Sam, es tu momento. Tienes que volver ya.

Buscó el móvil en su bolso y la llamó. La melodía del teléfono de su prima se escuchó cerca. Parecía venir del despacho de su abuela. Se acercó despacio e intentó escuchar sin entrar en él. No se oía nada. Con mucha suavidad abrió la puerta y se adentró en la oscura habitación, pues las luces estaban apagadas y no se atrevió a encenderlas por miedo a llamar la atención. Un mal presentimiento comenzó a inundar su cuerpo cuando descubrió que allí no había nadie. Vio la luz del móvil en la mesa principal. Se acercó a cogerlo. Sus pensamientos se nublaron cuando notó cómo alguien le tapaba la boca con un pañuelo humedecido por una sustancia que enseguida se abrió paso por su cabeza y comenzó a enturbiar su mente. Alissa intentó defenderse y en el intento su móvil cayó al suelo. El ruido de la pantalla del teléfono al hacerse añicos fue uno de sus últimos recuerdos.

La oscuridad se apoderó de ella. Fue en ese instante cuando su corazón le dijo que ya no volvería a ver a Samantha. Nunca más.

El resto quedó reducido a sombras.



30 de junio de 2016.

—Y bien, ¿preparada para volver al Palacete Valverde?

La pregunta del millón. «¡Quien tenga la respuesta podrá ganar un viaje a Disneylandia!», se contestó a sí misma. Para ir a Disneylandia sí que estaba preparada. Volver a tener siete años y que su mayor preocupación fuera conseguir una foto con el pato Donald sería fácil. Lo difícil era volver con su abuela y seguir fingiendo que se moría por seguir sus pasos. Tomás, el psicólogo, había tenido mucha paciencia y, aunque ella sabía que era su trabajo, le agradecía no haberla presionado hasta ese instante. Era el momento de tomar una decisión. Ya no quedaba tiempo.

Hacía apenas unas horas estaba convencida de cuál iba a ser su camino. No se imaginaba que, en unos segundos, esa seguridad podía desvanecerse para sumergirla de nuevo en un mar de dudas.



Unas horas antes.

—¡Lis, o bajas ya o me voy! ¿No sabías que los bombones al sol se derriten? ¡Vamos!

Los gritos retumbaban por todo el barrio, no era de extrañar que la joven saliera de su sueño. Miró el despertador para comprobar la hora y se tapó la cabeza con la almohada. No funcionó. La voz de Zoe traspasaría cualquier barrera con tal de conseguir su objetivo. Si no daba pronto la cara, se la partirían los clientes del hotel por el escándalo que su supuesta mejor amiga estaba montando.

Consiguió meter los pies en sus zapatillas de peluche y se asomó a la ventana con un camisón y la almohada abrazada. Intentó sonreír, pero tenía demasiado sueño. Apenas podía mantener los ojos abiertos.

—¿Qué pasa, te ha picado el bicho de la puntualidad? Normalmente suelo dejarte unos sesenta minutos de margen, ya sabes... —Cubrió con la mano un bostezo imposible de reprimir—. Para llegar a tiempo a los sitios.

—¡Para una vez que me da por ser puntual y tú sigues dormida! Espera... —Zoe se quedó pensativa y frunció el ceño—. ¿Llego con una hora de antelación?

—Me parece que... sí. ¡Yo no sabía que hoy te iba a dar por madrugar! —Se echó a reír.

—¿Encima te ríes? Ya puedes ir bajando porque me vas a tener que compensar. Pienso desayunar a lo grande y, para que lo sepas, no llevo encima ni un euro —recalcó con sorna.

—Está bien. Ya bajo, gruñona. Dame unos minutos para que me arregle. Ir en camisón no es mi pasatiempo favorito.

—El tuyo no, pero apuesto a que los admiradores que tengo aquí —afirmó señalando a unos chicos que se encontraban fumando— se mueren por saber la longitud exacta de tu camisón de conejitos. ¿Verdad, chicos?

Los chicos hicieron un gesto afirmativo y siguieron pendientes de ellas hasta que cerró la ventana. Un breve escalofrío le recorrió por todo el cuerpo y no sabía si se debía a las bajas temperaturas de León, aun estando casi a primeros de julio, o por lo ansiosa que

estaba por acabar el día, aunque este no hubiera hecho más que empezar. Lo tenía perfectamente planeado: en unas horas tendría su última sesión con el psicólogo y después terminaría de preparar los detalles de su viaje a Francia. Pasaría el verano en París con su mejor amiga. Aún no podía creer que fuera a ser capaz.

Al día siguiente cambiaría su rumbo por completo. Rompería con su pasado, con su familia, con su vida. No aguantaría otro año fingiendo ser algo que no era y desear algo que realmente no sabía si deseaba. Esas vacaciones serían revitalizantes como mínimo. Tomaría otro camino; por fin dejaría de ser una marioneta en manos de un titiritero con una obra finalizada desde hacía años. En menos de un mes cumpliría los dieciocho años. Para cuando consiguieran localizarla ya sería mayor de edad. «Es lo que necesito, romper con todo, vivir mi vida». Al menos, de tanto repetírselo, comenzaba a autoconvencerse.

Antes de meterse en la ducha tuvo que dar varias vueltas por la habitación. Llevaba meses viviendo en ese hotel y, aun así, sus pertenencias seguían metidas en cajas. Revisó el armario por segunda vez. No le apetecía nada ponerse a buscar dentro de cada una de esas cajas, aunque necesitaba el vestido azul celeste que era de su madre. Ese día, más que nunca, necesitaba sentirla cerca. Sentir que hacía lo correcto.

Al fin, lo encontró. Por suerte no tuvo que andar moviendo cada una de las cajas para rebuscar en su interior. No es que las habitaciones del hotel tuvieran un armario pequeño o no dispusieran de estanterías, al contrario. El hotel era de su padre y Alissa ocupaba una de las mejores habitaciones, pero estaba cansada de embalar y desembalar.

Había tenido una vida perfecta hasta aquel día, compuesta por unos padres perfectos y una casa perfecta, incluso estaba a punto de quedarse con un perrito que tenía en acogida y al que adoraba. Cuando cumplió los ocho años, su madre murió en un absurdo

accidente de tráfico y en ese momento todo se fue al garete. Se mudó a vivir con sus tíos, ya que su padre se obsesionó con el trabajo de tal forma que apenas lo veía unas horas los fines de semana durante los primeros meses. Luego pasaron a ser unas horas al mes y más tarde algún que otro día al año.

Conforme fue pasando el tiempo las cosas parecieron volver a la normalidad, si es que su situación se podía definir así. Tenía una nueva casa y una nueva familia. Sus tíos se convirtieron en sus nuevos padres, sus primos en los hermanos que nunca tuvo y el perrito que iba a tener terminó siendo un pez de color naranja, ya que su tía era alérgica a los animales.

De repente, las cosas cambiaron. En el último verano los astros volvieron a ponerse en su contra y decidieron que ya había tenido suficiente dosis de estabilidad y calma, así que Samantha decidió que era hora de abandonar y desaparecer sin dejar rastro. Sus tíos se hundieron y ella terminó viviendo en una fabulosa habitación de uno de los hoteles de la línea de su padre, eso sí, sin perrito y sin pez. Y así es como llegó a vivir allí, con unos muebles preciosos, a los que no les había dedicado ni una fotografía como adorno, y rodeada de cajas a medio abrir.

Estaba terminando de ponerse las sandalias —apenas había tardado diez minutos en ducharse y vestirse— cuando escuchó que alguien aporreaba la puerta de su habitación. No tuvo mucho tiempo para mantener la incógnita de quién sería, pues enseguida escuchó una canción mal afinada y en inglés. Entre la pésima pronunciación y los desafines le fue imposible identificar de qué tema se trataba. Sin embargo, la cantante, sin lugar a dudas, era Zoe.

—No puedes subir sin dar la nota, ¿verdad? —preguntó mientras abría la puerta.

—Hola a ti también —contestó entrando como un ciclón—. En vista de la faena que me has hecho, has conseguido arrancarme de la cama una hora antes —aclaró—, lo cual puede provocarme

ojeras y un estado de nerviosismo agudo, me tienes que compensar. —Se sentó en la cama con las piernas cruzadas y sonrió de forma pícaro—. Y ya sé cómo.

—¿Por qué me da tanto miedo esa sonrisa? Y, por cierto, tu estado de nerviosismo agudo es crónico, señorita —apuntó mientras cerraba la puerta.

—Esta es la sonrisa que se hace presente cuando tengo una idea genial. Por favor, ¿podemos desayunar aquí? Tu cama es comodísima y esta vista tan... —Miró las decenas de cajas repartidas por el dormitorio—. Tan... desordenada y... poco colorida... es perfecta para que el morenazo de ojos azules que se encuentra en recepción me suba el desayuno —soltó de sopetón sin respirar.

Zoe era la chica más encantadora, simpática y leal que Alissa conocía. La adoraba desde el fondo de su corazón, pero respecto a los chicos su amiga era un auténtico desastre. Se encaprichaba de ellos tan pronto como se desencaprichaba. No tenía intenciones de enamorarse y mucho menos de sufrir por ello. Con la mayoría de sus ligues no llegaba nunca a más de unos cuantos coqueteos y un montón de mensajes en su móvil a los que un día decidía dejar de contestar.

A veces, envidiaba la capacidad que tenía para olvidar a los chicos. Ella solo recordaba haberse enamorado una vez y dudaba que esos sentimientos pudieran desaparecer algún día.

A los pocos minutos, la cama estaba llena de bandejas con zumos de varios sabores, *croissants* rellenos de crema y chocolate, diversidad de frutas, mermeladas, galletas... Un auténtico desayuno a lo *Gossip Girl* donde la variedad, el lujo y los cotilleos estaban servidos. Pero, por más comida que encargaran, el nuevo objetivo de Zoe no subió ninguna de esas bandejas, por lo que Alissa no estaba completamente perdonada, aunque los *croissants* parecían ayudar.

—Bueno —dijo Zoe buscando entre los *croissants* otro de crema—, ¿tienes ganas de la aventura que comienza mañana? Yo

estoy loca por ver a esos franceses. Les demostraré lo que es tener sangre española.

—Tú mucho alardear... pero, luego, nada de nada.

—Al menos no ignoro a todo ser masculino de la tierra como otras. —La apuntó con el *croissant*—. En serio, Lis, ¿cuánto hace que no sales con un chico? O, mejor aún, ¿has salido con alguno? Porque una relación basada en *e-mails*, llamadas y mensajitos... para mí no cuenta.

No tenía intención de comenzar de nuevo ese debate. Su corazón se había roto tantas veces y de formas tan diferentes que no veía necesidad de exponerlo de nuevo voluntariamente. Además, tenía algo pendiente y, aunque era consciente de que no tenía sentido, no podía evitar seguir esperando.

—Cariño, las relaciones a distancia no funcionan. Y mucho menos con alguien tan... —Cogió la fotografía que Alissa guardaba dentro de su libro de cabecera—. ¡Tan buenorro! De verdad, no quiero ser negativa ni joderte, pero ya sabes lo que dicen: amor a distancia, felices los cuatro. Aunque en tu caso los tres porque...

—¡Basta! No quiero volver a oírte hablar del tema, ¿vale? —Dio un salto de la cama y una taza cayó al suelo haciéndose añicos—. Que él está siguiendo su camino, lo sé. También sé que yo tengo que seguir el mío. —Los recuerdos la machacaban de nuevo—. Y es lo que estoy haciendo. Así que deja el tema ya. El hecho de que no me tire a los brazos del primero que pase no quiere decir que siga esperando.

—Quizás deberías hacerlo —canturreó su amiga.

—¿Seguir esperando? —preguntó confundida.

—¡No! Lanzarte al primero que pase —intentó bromear.

Lis se lo tomó mal y se giró para ocultar una lágrima que surcaba su mejilla.

—No te pongas así. —Zoe suavizó el tono de voz—. No te merece, Lis. ¿Dónde está? Porque llevas casi un año sin saber de él.

Y sin echar un vistazo al mercado. ¡Vete a hablar con el macizo del camarero! Te lo cedo.

De repente, el teléfono sonó dando por finalizada una conversación que nunca llegaba a ninguna parte. Zoe disimuló y se dirigió al baño para que su amiga respondiera la llamada.

—¿Sí? —preguntó con la voz temblando.

—Hola, primita, ¿qué tal? ¿Preparando las maletas para mañana?

—Hola... Angy. —Se decepcionó. Una vez más, no era él—. Sí, estoy preparando el equipaje, aunque ya sabes... Podría decirse que mi equipaje está hecho. —Suspiró mirando los montones de cajas.

—No sé cómo puedes vivir con ese desorden. Bueno, te llamo para avisarte de que no iré en taxi al palacete este verano. Quiero estrenar mi coche nuevo, ya te lo enseñaré, ¡es una pasada! Además, si quieres puedo pasar a recogerte y nos vamos juntas. Sé que siempre ibas con Samantha y como ahora no está... Me siento como responsable de cuidar de ti. Porque contaremos con tu presencia este verano, ¿verdad?

—Claro, y no hace falta que pases a por mí, tranquila. Ya sabes que mi padre me contrató un chófer. De todas formas, muchísimas gracias, Angy —fingió una alegría exagerada—. Mañana nos vemos y me enseñas tu nuevo coche. Un besito.

Sin darle oportunidad de despedirse colgó la llamada. No es que no quisiera a su prima Angélica, no era eso, pero ella y Sam siempre habían tenido un tipo de rivalidad alucinante, vivían en una continua competición. Alissa, al ser pequeña, se había convertido en una especie de premio, aunque ella siempre había dejado clara su debilidad por Samantha, que era como su hermana mayor. Cuando se mudó a vivir a su casa, la relación con Angélica se enfrió aún más.

Cada año iban juntas al palacete. Cuando todavía no tenía edad para conducir, las llevaba la madre de Samantha, Valeria. Se



montaban en el coche e iban cantando canciones y haciendo planes para el verano durante el camino.

El verano pasado, cuando Sam cumplió los dieciocho, sus padres le regalaron un coche y ya desde entonces se separaba menos de él que de su tarjeta de crédito con saldo ilimitado. Por eso, Alissa seguía sin comprender cómo era posible que se marchara y lo abandonara todo... incluido su coche. ¿Dónde se habría ido? Y, lo más importante, ¿con quién? Porque era imposible llegar a pie al pueblo más cercano desde el palacete.

—Lis, aún no has avisado de que este año no irás al palacete, ¿verdad? —preguntó Zoe sacándola de sus recuerdos.

—No —susurró—. No puedo, nadie sabe del viaje a Francia. Ni siquiera mi padre, y eso que creo que se alegraría porque siempre ha odiado ese rollo familiar. Angélica sería feliz. Sin Samantha y sin mí, ella sería la única. La elegida.

—¿Cuál es el problema entonces? Según creo, a ti no te interesa y los demás serían felices.

—Mi abuela, ese es el problema. Puedo sentir sus reproches diciéndome que estoy decepcionando a mi madre. Puedo escuchar su voz autoritaria y pausada diciéndome «Una Valverde jamás renunciaría a su legado familiar» —ironizó imitando a su abuela.

—Lis, no sé si realmente quieres o estás preparada para no ir este año al palacete. Según tengo entendido, perderías toda opción al legado Valverde.

Zoe tenía razón, el lema de su abuela era muy claro: «Piensa bien tus pasos. Una vez dados no habrá posible retorno». Jamás le perdonaría que abandonase el juego que ella misma había creado y que, por descontado, le estaba proporcionando beneficios cada año.

Cuando aquel accidente se llevó la vida de Laura, la madre de Alissa, quedó una incógnita en el aire. Laura era la única hija de Cecilia Valverde y el legado familiar decía claramente que solo una mujer podría heredar el palacete. El resto de bienes se distribuirían

entre los demás hijos si los hubiera, aunque el palacete debería caer en manos de la primera hija del matrimonio. Con la ausencia de Laura llegó la confusión. Samantha era la nieta mayor y, por lo tanto, debería ser la elegida, pero el hecho de que Lis fuese la hija de la mujer que debería haberse quedado al mando del palacete creó un gran conflicto. Por ello, Diana intentó mediar con la abuela para poder incluir a Angélica, su hija, en la ecuación: «¡Será maravilloso Cecilia! De esta manera tú prepararás a tus tres nietas para hacerse cargo de este legado y luego eliges a la que consideres más capacitada para seguir tus pasos. Será un antes y un después en el reino Valverde. Marcarás la diferencia y será una publicidad magnífica para el negocio familiar. Aún quedan años para que las chicas alcancen la mayoría de edad. Ese día tomarás tu decisión y harás pública tu elección: decidirás quién será la elegida para dirigir el palacete cuando tú ya no puedas con el cargo. Hablamos de una competición que durará años y saldrá en todos los medios». Cecilia dudó ante la oferta, barajó los pros y los contras y, finalmente, aceptó. Diana consiguió trabajar en el palacete y, conociendo cómo la había tratado siempre la abuela... fue casi como un milagro.

—Yo apenas pinto nada allí, sin Samantha y sin...

—¿Lucas? —Zoe terminó la frase por su amiga—. Quizás Samantha vuelva, es posible que se haya dado cuenta de su error.

—Sam no va a volver. Se fue sin llevarse nada excepto lo puesto. Dejó hasta su coche, que bien podría haberse considerado una extensión de su cuerpo. Dejó a su familia, a su novio. Me dejó a mí y la única razón que nos dio es que estaba cansada de vivir así, que no quería seguir siendo una Valverde, que era joven y quería disfrutar de la vida, no competir por un futuro que ni tan siquiera le interesaba. Razón que, por cierto, ni siquiera nos dijo a la cara, sino en ese trozo de papel mal cortado.

Señaló un trozo de papel donde Samantha dejó escrita su despedida. Un trozo de papel cualquiera arrugado y arrancado de algún

libro. Un trozo de papel insignificante, pero que la había acompañado desde entonces.

—¡Está bien! —dijo rindiéndose—. Mañana comenzará una nueva etapa en nuestras vidas porque nos vamos a ¡París, ciudad del amor! —pronunció, imitando el acento francés con mucha gracia—. Así que, ¿nos hacemos una foto del antes y, cuando volvamos, otra del después? Espero que para entonces te brillen esos ojitos, porque pienso liarle con un francés. Será mi propósito para este verano.

—Sí. —La joven se secó las lágrimas que amenazaban con salir y sonrió—. Además, mira. —Cogió un paquete sin abrir de la mesita—. Es una nueva cámara que me llegó ayer. Es para nuestra aventura.

La madre de Alissa le enseñó que una cámara no siempre captaba imágenes ya que, a veces, capturaba el alma de las personas y la esencia de los lugares. Decía que tenías que mirar el momento que querías recordar desde distintas perspectivas y ser paciente, ya que en una de ellas encontrarías un brillo especial, algo que despertaría un sentimiento en tu interior que te inundaría. Podría ser amor, ternura, odio, rabia... Cualquiera cosa. Fotografiar esas sensaciones marcaría la diferencia. Alissa solía pasar horas en busca de ese brillo y apenas solía diferenciarlo. En cambio, aunque era muy pequeña, recordaba que a su madre le salía de forma natural.

Había comprado esa cámara por miedo a dañar la de su madre. La cámara de Laura era muy especial. Hacía que se sintiera más cerca de ella, como si a través del objetivo ambas respiraran el mismo aire por unos segundos. Y en esos segundos olvidaba que la echaba tanto de menos que, a veces, le costaba respirar.

Al abrir la caja algo cayó al suelo y se escondió bajo la cama. Alissa se agachó para buscarlo mientras su amiga intentaba colocar en la ranura la tarjeta de memoria que le regalaron con la compra. Lo que se había ocultado bajo la cama resultó ser un pequeño sobre rojo

que consideró publicidad de la casa. Le echó un vistazo y, sin abrirlo, lo dejó sobre la cama para arrebatarse la cámara a Zoe. Su amiga la estaba poniendo muy nerviosa mientras intentaba encenderla probando suerte con varios botones. O la salvaba de las manos de su amiga o no llegaría a las vacaciones.

Le encantaba sentir la nueva réflex en sus manos. Era un pequeño tesoro preparado para captar experiencias, sensaciones y un millón de recuerdos. La encendió y comenzó a programar los primeros pasos, la fecha y hora correcta, cuando se dio cuenta de que la tarjeta no estaba completamente vacía. Buscó el embalaje y descubrió que no había: la tarjeta llegó en una pequeña caja de plástico sin ningún tipo de precinto. Pensó que podrían ser imágenes o algún vídeo de prueba, por lo que la abrió para comprobarlo y borrarlo. El título del vídeo le resultó curioso como mínimo; sin duda, lo que más le llamó la atención fue la miniatura que encabezaba el vídeo. Era una foto de alguien a quien conocía muy bien. Samantha.

—¿Qué narices...? —Sacó la tarjeta de la cámara y se dirigió a su portátil.

—¿Qué pasa? —Zoe se acercó y leyó el título del vídeo en voz alta—: «*Prepárate para conocer la verdad*». Espera un momento, esa es... ¡Ábrelo! —Alissa se quedó paralizada, por lo que Zoe le arrebató el ratón e inició la reproducción del vídeo mientras subía el volumen de los altavoces.

La imagen del vídeo era estática. Salía Samantha en el lado derecho y en el izquierdo, una silueta en color negro con un signo de interrogación de color blanco encima. El foco del vídeo era la conversación.

—Te dije que tenía que irme y es ahora o nunca. No puedo arriesgarme más y, o desaparezco por mi propio pie, o me hará desaparecer a mí y vete a saber a quién más. Ya sabes de lo que son capaces. —Oyó la voz en susurros de Samantha. Estaba desesperada—.

Prometiste que me ayudarías, no me puedes dejar colgada, no tengo a nadie más. Además, me lo debes.

—...

Interferencias. No se podía escuchar a la persona con la que mantenía la conversación. Al parecer, Samantha hablaba por teléfono.

—Lo sé, lo sé... Pero ya sabes lo que te dije, tienes que ayudarme.

—...

—¡Me lo debes!

—...

—¿Qué? ¡Claro que no! Nadie más, ¡te lo juro!

—...

—¿Hola? ¿Hola?

Era como si hubiera perdido la comunicación. La respiración de Samantha se aceleraba por segundos.

—¿Hay alguien ahí?... ¿Hola?...

De repente se escuchó cómo parecía tropezar con algo, seguido de un golpe seco y un grito ahogado de Samantha.

—¿Hola? ¡Joder... está muerta!

Con esas últimas palabras, el vídeo finalizó. El silencio se instaló en el dormitorio haciéndose tan espeso que amenazaba con apoderarse del oxígeno.

—Era Samantha... —murmuró Alissa.

—Sí.

—Alguien la obligó a irse, puede que esté en peligro... y yo aquí... —le flaquearon las piernas— pensando que me abandonó.

—No es eso lo que dice, más bien quería irse...

—¡La obligaron a irse! Tenía miedo, habla de que alguien ha muerto y... Dios mío, ¿y si ella...? —Sintió cómo la vista se le nublaba y el aire que entraba en sus pulmones fuera insuficiente para mantener la cordura.

—No sabemos exactamente qué significa esto, ni de cuándo es esa grabación. No podemos sacar conclusiones conociendo solo una de las voces... ¿Por qué no vamos a la policía? Ellos seguro que pueden descifrar la silueta interrogante.

—Espera un momento. —Alissa corrió hacia la cama y cogió el sobre rojo—. Puede que aquí encontremos respuestas. Tiene que haber algo más. ¿Alguien ha tenido que enviarlo!

Pensó que si la tarjeta había llegado desprecintada, tenía que ser porque anteriormente había pasado por otras manos. ¿Podría guardar ese sobre un mensaje de esa persona? Lo sostuvo entre sus manos y lo revisó con temor a abrirlo.

—Muy bien, ¿lo abres o tengo que quitártelo también? —Zoe intentó ser irónica para quitarle hierro al asunto. Podía verse la preocupación en sus ojos.

Al abrir el sobre se encontraron con una fotografía con una firma que les llamó la atención: Fígaro. En ella podía verse a Samantha en una especie de sótano inmenso. Impresa en la imagen destacaba la palabra «mentiras» marcada con un círculo rojo. Su cara era de puro terror mientras miraba a... Dios mío, ¡había un cuerpo en el suelo! No podían identificar si era un hombre o una mujer, pero suponían que era la persona de la que Sam hablaba en la grabación. El caso era que alguien había muerto o, peor aún, alguien había sido asesinado.

Samantha no se fue por su propia voluntad. Algo oscuro rodeaba la ausencia de su prima.



Tomás, el psicólogo, seguía esperando una respuesta. Daba leves golpecitos con su bolígrafo en la libreta donde iba tomando

apuntes. Notaba el nerviosismo de su paciente. Necesitaba sacarla de sus pensamientos y llevarla al presente. Necesitaba que tomase una decisión.

—No te veo muy convencida —apuntó—. ¿Ha cambiado algo desde nuestra última visita?

Todo puede cambiar en unos segundos. Hacía apenas una hora planeaba hacerse una foto con su mejor amiga para inmortalizar el momento en el que iba a tomar la decisión más importante de su vida: renunciar al legado familiar. Pero, ahora, Alissa estaba segura de que el motivo principal de esta renuncia residía en que su prima también lo hizo. Pensaba que lo había hecho por su propia voluntad y que, además, era la decisión acertada. Sin embargo, ahora sabía la verdad: que alguien la obligó a abandonar, a salir corriendo y a esconderse hasta de su propia familia. A tener miedo. Y Samantha nunca tenía miedo.

Estaba decidida a encontrarla y a averiguar qué ocurrió.

—Regresaré al palacete, creo que me siento preparada para volver. Echaré mucho de menos a Samantha, aunque tengo que asumir que ella decidió irse —mintió. No creía ni una de las palabras que estaban saliendo de su boca—. Además, cada año celebro mi cumpleaños allí; creo que no podría privar a mi abuela de esa celebración, no me lo perdonaría. —Sonrió con inocencia, pues tenía que ser convincente con él.

La única persona que no perdonaría su ausencia ese año sería ella misma. Si había tantos secretos y mentiras que rodeaban al gran palacete de los Valverde, estaba dispuesta a revelarlos uno a uno. Y si la única opción que tenía era confiar en las pistas de ese tal Fígaro, que así fuera.



El café estaba tan caliente que el vapor que desprendía le sumergía en lo más profundo de sus pensamientos. Había decidido regresar y, aunque era consciente de que la situación había cambiado, pensaba recuperar su vida.

—El *hacker* más temido del país ha vuelto.

La voz le era totalmente familiar. Lucas bajó el periódico que fingía leer y una sonrisa se dibujó en sus labios. Giró el taburete y se encontró con la única persona que consideraba un hermano. Quizás no los unieran lazos de sangre, pero Lucas sabía que esos lazos estaban sobrevalorados.

—Me alegro de verte, Iván. ¿Quieres un café? —dijo levantando su taza.

—¡Claro! Acabo de conducir veinticinco kilómetros porque me vuelve loco el café de este sitio. Tengo que sugerirle a Cruella de Vil que añada estas cafeteras baratas a su cocina de lujo.

Irónico, sarcástico... Así era él. Después de tantos meses sin saber nada de su amigo, por suerte, lo encontró igual que siempre. Le tranquilizaba verlo de esa manera. Unos minutos antes temía que Iván no apareciera por allí.

—Anda, deja de decir tonterías.

Se levantó y saludó a su amigo como si el tiempo no hubiera pasado y, al mismo tiempo, como si llevaran años sin verse. La conversación fluyó entre ellos. Sin preguntas y sin reproches.



Una camarera risueña de unos treinta y pocos años, con el pelo recogido en un moño informal y el uniforme desgastado, se acercó a la mesa donde se habían sentado los chicos para anotar el pedido.

—¿Van a tomar algo? —Lanzó una mirada pícara a Lucas y la mantuvo durante varios segundos.

—Dos cervezas, por favor —pidió Iván mientras observaba la insistencia de la camarera por llamar la atención de su amigo—. Nada más, gracias.

La camarera mantuvo la mirada fija en Lucas durante unos segundos más, la apartó bruscamente y se alejó hasta desaparecer por una puerta trasera. Su compañera, con el rostro enfurecido, sirvió las bebidas unos minutos después sin abrir la boca ni para saludar.

—¿De qué iba esa tía? ¿Y a la otra la conoces? Porque ella parecía conocerte muy bien.

—Si te soy sincero, ni puta idea.

Iván tenía millones de preguntas que hacer. ¿Dónde había estado durante ese tiempo? ¿Por qué no volvió a contestar el teléfono? ¿Qué ocurrió con su amistad? Pero no iba a formularlas. Su amigo estaba ahí y ya tendrían tiempo de ponerse al día. Por el momento, solo quería demostrarle que seguía siendo el mismo. Que podía confiar en él. Aunque le dolía pensar que alguna vez hubiera dejado de hacerlo.

—Es alucinante cómo todo el mundo está pendiente del cochazo que hay en la puerta. ¿Quién será el loco que se atreve a aparcarlo en este sitio?

—Yo —confesó Lucas de repente, dejando alucinado a su amigo.

—¿Cómo? ¿Te ha tocado la lotería o te has prostituido? Si te has prostituido, dime, por favor, dónde y cómo, porque llevo meses en sequía.

—¿Tú? ¿Sequía? Siempre has sido el donjuán del palacete. Además, estás con Samantha. El que la sigue la consigue y tú la seguiste, y mucho. —Enseguida se arrepintió de sus palabras.

Tenía que averiguar cuánto sabía su amigo. No sería fácil. No quería hacerle daño.

—Samantha se largó —dijo con voz entrecortada—. Al parecer le interesaba tanto reinar en el paraíso como nuestra relación. Así que desapareció sin más.

—Pero... ¿Cómo pasó? ¿Y Lis? —pronunció el nombre sintiendo un pinchazo en el corazón.

«Tú la abandonaste Lucas. Tú la dejaste y, al parecer, en el peor momento».

—¿Tampoco has hablado con Lis durante este tiempo? —Su tono fue demasiado firme.

—No... —Las palabras se resistían a abandonar su boca, a pesar de que sentía que necesitaba hablar de ello—. Escucha, Iván, yo...

—No te preocupes. No te voy a negar que tu silencio me ha dolido. Que te he necesitado en más de una ocasión. Lis supongo que incluso más. —Lucas intentó hablar, pero se vio interrumpido por su amigo cuando levantó una mano—. No te preocupes, Lis está bien. Hoy, supuestamente, llega al palacete. Aunque su vida ha cambiado tanto que he oído rumores de que piensa abandonar.

El corazón de Lucas dio un vuelco solo de pensar que quizás no la vería.

«¿De verdad pensabas verla, Lucas? ¿Crees que se lanzaría a tus brazos? La abandonaste».

—Te llamé muchas veces. Pregunté a tu padre por ti y Lucía me tuvo jugando a las casitas mucho tiempo. —Ambos sonrieron con la mera mención de la pequeña—. Eso de las casitas no te lo pienso perdonar. ¡Me puso un tutú! —Lucas rompió en una carcajada—. En cambio, me has llamado y...

—Y has venido. Algo que yo no hice; no estuve ahí cuando me necesitaste y, en cambio, tú... —intentó tragarse un nudo que se le formó en la garganta— una sola llamada y aquí estás. Y siento decirte esto cuando soy consciente de que no lo merezco, pero... necesito tu ayuda.



Alissa jamás se acostumbró a la grandeza que inspiraba el palacete. Cruzar la muralla que rodeaba el terreno simulaba el paso a través de un espejo que dividía la realidad y la fantasía. Daba la sensación de que en cualquier momento podrían aparecer princesas, hadas y duendes por cualquiera de los rincones. Eduardo, su chófer, también estaba asombrado. Intentaba disimular y ser correcto en su trabajo, pero aquel lugar irradiaba magia.

—¿Te lo imaginabas así, Eduardo? —le preguntó intentando que se relajara.

—No, señorita. La verdad es que impresiona. Parece enorme.

—Es inmenso. Es casi como un mundo por descubrir. Te repetiré la charla que las guías narran en las visitas turísticas, ¿vale? Así te harás una idea de lo que podrás encontrarte, ya que pasarás aquí el verano —dijo saltando del asiento trasero al delantero.

—Señorita, no sé si será adecuado que usted...

—Deja de tratarme de usted, por favor —lo interrumpió—. No eres mucho mayor que yo y este año voy a necesitar una persona de confianza. Mi padre te ha escogido a ti entre un montón de candidatos para este puesto. Eso significa que confía en ti.

Eduardo asintió con picardía y redujo la velocidad. Alissa aclaró la voz y comenzó a recitar el discurso de cada año, imitando el tono de voz que usaban los guías turísticos con los clientes.

—En cada rincón del Palacete Valverde podrían encontrar un tesoro: jardines con preciosas esculturas, parques donde disfrutar del aire fresco y divertir a niños y a los no tan niños. —Guiñó un ojo—. La auténtica belleza de la naturaleza está presente en esta maravilla del siglo XIX donde vivieron auténticos reyes. La realeza disfrutaba de sus castillos y de la libertad que este ambiente ofrecía. Con el paso de los años, el Palacete Valverde ha ido adaptándose a las nuevas tecnologías ofreciendo así a cada uno de sus clientes una experiencia única donde el pasado y el presente se unen para dejarnos esta maravilla.

»Entre nuestros huéspedes se encuentran los mejores médicos, abogados y empresarios del país. Por lo tanto, también tenemos varios tipos de servicios y actividades para nuestros huéspedes. Nuestra gastronomía es capaz de adaptarse a todos los públicos en nuestro magnífico restaurante. Piscinas donde refrescarse tranquilamente, una de ellas climatizada, el río, y... ¡eso! —dijo cortando el discurso y señalando el palacete que iba aumentando de tamaño conforme se acercaban.

—Por mucho que me lo hubiera descrito, jamás habría imaginado semejante castillo.

Tenía razón, no existían las palabras para definir ese «castillo», como Eduardo lo llamó. Las grandes columnas simbolizaban fuerza, los preciosos marcos de las ventanas mostraban el lujo con el que contaban en el siglo XIX. Como bien se decía cada año en el *tour* turístico: «El pasado y el presente se unen para dejarnos esta increíble belleza».

Cuando era pequeña y cruzaba la puerta principal del palacete, su madre y ella tenían un ritual: ambas agitaban con fuerza la campanilla de la puerta mientras decían «hora de convertirse en princesas» y pisaban la alfombra de bienvenida con el pie derecho. Alissa llevaba casi diez años sin tocar la campanilla, aunque no pasó ni uno en el que no se quedase mirándola cada vez que comenzaba

un nuevo verano, recreando la imagen en su mente. Reviviendo los recuerdos para después pisar la alfombra siempre con el pie derecho.

—¡Señorita Alissa!

La voz de Pedro, el recepcionista, era una de las pocas cosas que la transportaba a su niñez cada vez que la oía.

—¡Peter! Qué alegría verte.

Quería abrazarlo, no olvidaba que ese hombre cuidaba de ella desde que era una niña y le apenaba que al haber crecido las muestras de cariño dejasen de estar bien vistas.

Cuando era pequeña jugaban a interpretar cuentos y su favorito era *Peter Pan y Wendy*. Sus primos, junto con Iván y Lucas, eran los niños perdidos, su madre era Wendy y siempre les estaba leyendo cuentos. Y al recepcionista, obviamente por su nombre, le tocaba ser Peter, aunque él nunca quería y siempre decía que los papeles de los personajes malvados eran más divertidos. Alissa, por su edad, nunca sabía dónde encasillarse. No podía ser uno de los niños perdidos —el resto de los niños estaban catalogados como peligro público en el palacete— y ella apenas era una cría, por lo que le tocó ser Campanilla y siempre iba pegada a Peter.

Pasaron momentos tan divertidos que la sonrisa aún se le dibujaba cada vez que lo recordaba. Laura fotografió muchos de esos momentos y, en la mayoría de ellos, la alegría de Pedro estaba presente.

—Peter, ¿sabes dónde podría estar mi abuela? Llego unas horas más tarde de lo normal y no me gustaría comenzar las vacaciones con una de sus charlas interminables.

—Pues le aconsejo que se dirija al comedor principal, primor. Y cuanto antes, no queremos hacerla esperar. —Le guiñó un ojo dándole a entender algo entre líneas—. Me alegro de que, finalmente, haya decidido volver.

¿Qué intentaba decir? ¿Cómo sabía él que no tenía pensado regresar ese año? Tuvo el presentimiento de que debería ir pronto a

buscar a su abuela. Cogió su bolso del mostrador y firmó los papeles que certificaban su llegada. Al girarse, chocó con una chica pelirroja que llevaba una bandeja con lo que parecían ser las sobras de una comida. La bandeja cayó al suelo llenándolo de trozos de porcelana y restos de comida. Al mismo tiempo, su bolso también cayó, desperdigando todo lo que llevaba dentro.

—¡Lo siento! ¿Estás... Está bien, señorita? ¡Dios mío, mi abuela me va a matar!

—Tranquila. —Las dos se agacharon para recoger aquel desastre. Alissa se sorprendió al ver cómo aquella chica sentía el mismo temor que ella hacia su abuela. ¿Quién sería?

Enseguida aparecieron unas limpiadoras que dejaron el suelo impecable en apenas unos segundos y desaparecieron como por arte de magia. Era increíble cómo reaccionaba de rápido el servicio en ese lugar, aunque claro, de no hacerlo sería difícil que mantuvieran su trabajo. Doña Cecilia era demasiado exigente. Y ella ya llegaba con casi dos horas de retraso. Se levantó y salió corriendo hacia el comedor. Con un poco de suerte, su abuela seguiría allí.

—¡Señorita Alissa! —Se giró y vio a Pedro sonreírle de nuevo—. Bienvenida un verano más.

Adoraba a ese hombre.

Cuando llegó al comedor, se sorprendió de encontrar tan poco movimiento. Era consciente de que el reloj ya marcaba las cuatro de la tarde y la comida había terminado, pero era la hora del café y apenas estaban ocupadas dos mesas al fondo y la mesa presidencial con su abuela y dos personas más: Angélica y su madre, Diana.

La cara de su abuela reflejaba angustia y decepción, mientras que Angélica no trataba ni siquiera de disimular su entusiasmo.

Alissa se acercó en silencio y escuchó.

—No podía imaginar que realmente fuerais a tener razón —dijo Cecilia con frialdad.

—Lo lamento, abuela. —Alissa estaba segura de que su prima no lamentaba nada de nada—. Te dije que no iba a venir este año, está de viaje con su amiga.

—La pobre ha sufrido demasiadas pérdidas, no está muy estable. Creo que es lo mejor tanto para el palacete como para ella.

Su defensora era, sin duda, su tía Diana. Siempre había intentado cuidar de ella desde que su madre murió. Le ofrecía su apoyo y la trataba como a una hija, pero... el hecho de que su verdadera hija fuese Angy nunca la había dejado confiar en ella por completo. La veía como una de las personas más desconcertantes que conocía y había detalles que la hacían dudar. Por ejemplo: ¿quién les había dicho que no pensaba regresar al palacete ese año?

—Bien, entonces, ¿con firmar estos papeles quedará sellado? Quizás deberíamos esperar, puede que Lis regrese y ya ha perdido suficiente —dijo con lástima.

Parecían tenerlo muy calculado. Ese año, en la fiesta de su decimoctavo cumpleaños, Cecilia anunciaría quién sería la próxima heredera y la prepararía hasta el día que tuviera que hacerse cargo del legado familiar.

—¿De qué abandono habláis? —dijo cortando el discurso que doña Cecilia estaba a punto de pronunciar—. Buenas tardes, abuela.

Las caras de su prima y su tía cambiaron de expresión en tiempo récord. Hacía apenas unos segundos tenían las mejillas sonrosadas y sus ojos brillaban de alegría mientras lucían su mejor maquillaje. Después de verla, parecía que hasta el maquillaje había palidecido.

—¿Qué tal estáis? —Dio dos besos fingiendo su mejor sonrisa a cada una de ellas.

—Llegas tarde —respondió Cecilia con tono autoritario, aunque no pudo evitar que una pequeña sonrisa se dibujase en su cara—. La hora de la comida ha terminado. Sabes que este día es de vital importancia que coma con mis nietas para comenzar el verano. Hay planes que preparar y asuntos que discutir.

De vital importancia siempre era todo para esa mujer. Lo que ella decidiera, claro. Con respecto a la comida con sus nietas, daba la sensación de haberse olvidado de que le faltaba una. Sin embargo, eso no podía decírselo. Se limitó a disculparse e intentar justificarse. ¡Como siempre!

—Sí. Lo sé. Eduardo, mi nuevo chófer, no conocía muy bien el camino y dimos unas cuantas vueltas de más. Lo siento.

—Veo que tu padre sigue sin saber elegir bien a sus empleados.

—Vamos, abuela, solías ser defensora de las segundas oportunidades. Y, por cierto, ¿retrasarse ahora merece un castigo tan duro como ese? —dijo señalando el papel que su prima Angélica sujetaba con fuerza.

El giro en la conversación surtió efecto, pues su abuela, en un abrir y cerrar de ojos, recuperó el documento, arrebatandoselo a Angélica, y lo redujo a trocitos con sus propias manos.

—No importa. Las cosas que carecen de importancia deben dejarse a un lado. Lo que me recuerda que debo ir a hacer unas gestiones, ¿me acompañas, Diana? —Diana asintió y se levantó de la mesa—. Nos vemos a la noche y... ¿Alissa?

—¿Sí?

—Que el retraso de hoy no vuelva a suceder.

Parecía mentira, pero, para su sorpresa, Alissa creyó ver sonreír dos veces en un mismo día a su abuela.

Angélica recompuso su cara de muñeca de porcelana y dibujó su mejor sonrisa.

—¡Oh! Qué alegría que finalmente hayas venido. Nos llegó un rumor muy feo sobre que te ibas a Francia a pasar este verano con esa amiguita tuya... ¿cómo se llamaba? —Chasqueó los dedos fingiendo no recordar el nombre.

—Zoe —replicó.

—¡Eso! Zoe. Y me quedé muy triste pensando que este verano lo pasaría aquí sola.



—Sí, ya he visto tu tristeza —dijo mientras tomaba un poco del pastel de su prima—. La tristeza que tenáis tú y tu madre me ha roto el corazón de tal manera que tuve que correr para avisaros de que estaba aquí. ¡Hasta me golpeé con esa mesa de allí! Mi prioridad era acabar con vuestro sufrimiento —aclaró irónicamente mientras se comía el pastel.

—Que... considerada. Bueno —apuntó Angélica—, has vuelto, así que tenemos muchos planes que cambiar. Me retiro —dijo levantándose de la silla— para que puedas descansar del viaje, seguro que estás agotada. Nos vemos luego.

No esperó a que se despidiera. A su prima le encantaba tener la última palabra y el pastel estaba tan bueno que no tenía intención de apartarla de ese privilegio para seguir manteniendo una falsa cordialidad.

Ahora que había llegado no sabía cuál tenía que ser su próximo paso. Quizás intentar reconstruir el último día que Samantha estuvo allí podría darle algunas respuestas, pero no tenía ni idea de por dónde empezar. ¿Quién podría ayudarla? ¿En quién podría confiar? En esa conversación telefónica Samantha hablaba con alguien en quien confiaba. ¿Quién era esa persona?

—¿Señorita, quiere otro trozo de pastel?

La joven pelirroja que había tropezado con ella hacía apenas unos minutos lucía su mejor sonrisa intentando agradarla. Ahora que se fijaba bien, estaba casi segura de conocerla de antes.

—No, gracias. Disculpa, ¿nos conocemos?

—Hace un momento tropecé con usted. Lo siento muchísimo.

—No, no. Me refiero de antes y, por favor, no me llames de usted. —Leyó su nombre en el bordado de su uniforme—. Miriam, ¿verdad? Me llamo Alissa, soy nieta de...

—Sé quién eres, todos te conocen. Y sí —se le quebró la voz en lo que parecía ser una confesión—, nos presentó Samantha el año pasado, antes de desaparecer.

Lo sabía, sabía que la conocía. Al parecer ya tenía un hilo desde el que tirar para comenzar a desvelar lo que ocurrió.

—¿Sabes qué? Me apetece otro trocito de tarta, pero si te sientas conmigo. No quiero comer sola y me gustaría saber cómo conociste a mi prima. —Sonrió—. Trae otro trocito para ti.

A Miriam no le disgustaba la idea, aunque Alissa tuvo que convencerla asegurándole que ella se responsabilizaría y que, además, necesitaba una amiga. La joven pelirroja resultó ser una chica muy social y le contó su historia como si estuviera hablando con una amiga que conociera desde hacía años.

Tanto la abuela de Miriam como la de Lis estaban cortadas por el mismo patrón: en el momento en que no se cumplía su voluntad ya podían esconderse. Teresa, que así se llamaba la abuela de Miriam, había entrado a trabajar hacía un año como encargada de cocina y, a los pocos días, trajo a Miriam con ella. Mientras Teresa se encargaba de que los empleados de la cocina cumplieran con su trabajo, Miriam servía los cafés y las copas que se toman después de las comidas y se encargaba de que a su abuela no se le olvidase tomar su medicación para el corazón.

Miriam nunca pensó que su futuro pasaría por ser camarera. Siempre quiso convertirse en una gran bailarina y estuvo a punto de lograrlo hasta que Teresa lo impidió. Su abuela fue contratada por su increíble experiencia en el sector a pesar de tener una enfermedad crónica y una edad avanzada. Por ello decidió que su nieta la acompañara. Miriam pasó a ser camarera de refuerzo a cambio de cuidar de su abuela.

—¿Entonces conociste a Samantha el año pasado?

—Sí, enseguida nos hicimos amigas. Yo aquí estaba muy perdida y discutía a diario con mi abuela por no hacer las cosas como ella quería. Agradecí enormemente que una chica de mi edad me guiara un poco. Mi sorpresa llegó cuando supe que era una de las posibles herederas. Por eso me pidió que no le hablara

a nadie de nuestra amistad, y... —Su cara se ensombreció en un instante.

—¿Y...?

Se acercó y le susurró al oído.

—Tenía miedo, no sé muy bien de qué o de quién. —Alissa se sorprendió al comprobar la sinceridad que veía en los ojos de la joven. Sam no tenía miedo de nada y menos en su terreno—. Incluso alguna noche se quedó a dormir en mi apartamento. No quería estar sola.

¿Sola? ¿En este palacio en plena temporada de verano? ¿Con su prima justo al lado?

—Miriam —le dijo un camarero en voz baja—, tu abuela te está buscando hecha una furia.

—Ya, bueno, lo de la furia no es nada nuevo. Debería volver. Encantada de conocerte, Lis.

—Lo mismo digo —contestó—. Espero que podamos seguir hablando. Me gustaría conocerte mejor, que fuéramos amigas.

—Claro, a mí también me gustaría. —De repente se acercó y le susurró al oído—: yo tampoco creo que Samantha se fuera por su propia voluntad.

Los ojos de Alissa se abrieron como platos tras la confesión. La pelirroja descubrió sus intenciones. Supo que venía en busca de respuestas y, según parecía, ella tenía algunas.



Los pasillos, las habitaciones, la gente... Todo parecía estar igual que otros años, aunque para ella era muy diferente. Llegó con intención de aclarar dudas y, hasta el momento, lo único que había conseguido era sumar más interrogantes a su colección. Miriam

parecía buena chica, aunque no pegaba para nada con el estilo de Sam. ¿Por qué se acercó a ella? ¿Por qué confió en ella? Si algo tenía claro era que su prima no habría dado un paso sin estudiar cada una de las posibles consecuencias. Siempre supo que era calculadora y, aunque era su prima y la quería, fría. Entonces, ¿qué papel desempeñaba Miriam en esta historia?

Las preguntas se iban aglomerando en su mente creándole un gran dolor de cabeza. El pasillo parecía infinito, las paredes tenían un tono crema con una colección de cuadros que parecían proceder del siglo pasado. Elegantes y sofisticados, incluso algunos le resultaban demasiado deprimentes. No se atrevía a intentar adivinar su procedencia, aunque estaba segura de que su valor era incalculable. A fin de cuentas, fueron escogidos por su abuela tras la última reforma.

Nada más entrar en su *suite* vio sus cosas empaquetadas.

«Bienvenida a casa, Lis».

Se dejó caer en la cama y buscó su móvil a ciegas en el bolso para revisar sus mensajes. Seguro que Zoe estaba ya en París y, con suerte, un poco menos enfadada con ella por haber cancelado el viaje a última hora. ¿Dónde estaba su móvil? No conseguía encontrarlo y se asustó al pensar que podía haberlo perdido cuando chocó con Miriam. Se levantó enseguida y vació su bolso en la cama.

«¡Aquí estás!».

Hacía tiempo que no vivía pegada al teléfono como solía hacerlo. Desde que aceptó que Samantha no iba a contestar y que Lucas pasaba de ella, intentaba tenerlo lejos para no aguardar falsas esperanzas.

«¿Cuántas horas habré pasado rogándote que sonaras?».

«Lucas, ¿qué harás este verano?».

De repente vio algo que no esperaba: un pequeño sobre rojo que caía de su bolso. ¿Sería posible que otra vez...? Dentro encontró una llave con un llavero que anunciaba la puerta a la que

pertenecía: S. 04. La cuarta *suite* era la que siempre ocupaba Samantha.

«¡Tengo la llave de su habitación!».

Desdobló la nota que tan solo contenía un nombre: Fígaro.



25 de julio de 2014.

—¿Estás segura de que así conseguirás la intimidad que quieres?

Esa era la tercera vez que Alissa le hacía esa pregunta a su prima, quien comenzaba a desquiciarse. Se encontraba sentada en la cama de Sam con las piernas cruzadas y comiendo una chokolatina mientras observaba cómo cambiaban la cerradura de la *suite S. 04*.

—¡Que sí, pesada! —exclamó sujetando confiada las dos nuevas llaves.

El cerrajero terminó de colocar la nueva cerradura y se marchó de inmediato. Ella abrió y cerró un par de veces la puerta comprobando cada una de las llaves que le habían dado.

—Todavía no me explico cómo has conseguido convencer a la abuela de esto. Este es «su palacio» —dijo entrecomillando las palabras con las manos—. Necesita saber lo que sucede en cualquier momento y vas tú y colocas una nueva cerradura en una de sus *suites*. ¡Y con su permiso! No lo entiendo.

—Es fácil, enana, muy fácil —dijo acercándose a su cómoda y aplicándose un poco de su carísimo perfume francés con olor a cereza—, la abuela me necesita aquí tanto como yo necesito mi intimidad. Es parecido a un contrato: ambas ponemos nuestras condiciones. Si quiere que me quede, no volveré a permitir que entre cuando quiera a husmear entre mis cosas —zanjó—. Y, por

cierto, deberías hacer lo mismo. Toma la tarjeta del cerrajero por si algún día te lo piensas mejor, primita.

Samantha le entregó la tarjeta y volvió al tocador a dejar el pequeño frasco de perfume que contenía su esencia favorita. Alissa se dejó caer en la cama y clavó la vista en la lámpara.

—Ni loca. No pienso enfrentarme a doña Cecilia Valverde —suspiró—. Además, yo no tengo nada que ocultar. No tengo secretos. De hecho, creo que ni siquiera tengo vida.

—¡Ja! Eso es por Lucas, ¿verdad? —Se acercó a la cama y se sentó junto a su prima—. ¿En serio te ha dado tan fuerte? Es mayor que tú y se comenta que es el *gigoló* del palacete. —Lis le lanzó una mirada asesina—. ¡Solo digo la verdad! —exclamó Sam levantando las manos—. Y claro que tienes vida y es muy probable que pronto se anime —sonrió con picardía.

—¿A qué te refieres? —preguntó con el ceño fruncido.

—A nada y a todo.

—La abuela no estará buscándome pareja, ¿verdad? —susurró.

—La abuela siempre nos está buscando pareja y eso no quiere decir que tengamos que hacerle caso. —Guiñó un ojo con su habitual descaro.

—Tú lo dices tan tranquila porque te emparejó con Iván. Él es guapo, atento, te quiere y, aunque está un poco loco, lo conocemos de toda la vida y...

—Iván es eso y más, cariño. Pero no es para mí.

—¿Qué quieres decir?

El silencio se instaló entre ellas. No era raro encontrarse frente a algún tema así con su prima, ella raramente le abría su corazón. Pocas veces expresaba lo que de verdad sentía.

—Bueno, tienes dos llaves —dijo Lis cambiando de tema—. Una para ti y está claro que la abuela no disfrutará de las ventajas de tener la segunda. ¿A quién se la darás? ¿A Iván? —insistió de nuevo con la esperanza de que su amigo tuviese alguna oportunidad.

—¿De verdad crees que le daré paso a mi santuario a alguien más? Mira a tu alrededor. Cada rincón guarda un secreto. Y te aseguro que aún no existe la persona adecuada con la que quiera compartirlos. Lo haría contigo, primita, pero después tendría que matarte.

Alissa intentó sonreír. Sin embargo, en su interior algo le susurraba que Sam no estaba bien. Había cambiado mucho en las últimas semanas. Lo mismo estaba feliz que se mostraba desconfiada e irascible. Llevaba días pasando largas horas en su habitación y cuando salía solo era para discutir con su abuela. En cambio, había otros momentos en los que te la podías encontrar con una gran sonrisa dibujada en la cara. Hasta parecía una joven feliz, llena de vida. Estos cambios de humor tan drásticos comenzaban a sembrar una duda en Lis, ¿qué le estaba ocurriendo a Samantha ese verano?